



## BUEN REFUERZO

«¡Al viento la bandera de cada partido! ¡A la propaganda de sus particulares principios cada uno, como en mejores tiempos se hacía! Nada de ambigüedades, nada de pueriles discreteos, nada de femeniles respetos: diga cada cual las cosas por su nombre y no calle ninguno lo que la razón ó el corazón le dicte; guardemos la unión sólo para el momento en que debamos medir nuestras armas con las de nuestros comunes enemigos. Donde no hay discusión continua, donde no hay debates apasionados y ardientes, todo languidece y acaba. Aun el empuje para la revolución se extingue y muere.»

¿Qué de quién son las anteriores líneas? Del Sr. Pí, que parece haberlas escrito únicamente para justificar lo que he venido haciendo desde que la conducta de los jefes ante la Coalición Nacional Republicana, unos antes y otros después, me impuso el deber de decir la verdad á todos.

Nada de ambigüedades, nada de pueriles discreteos, nada de femeniles respetos... ¡Por Cristo, que no esperaba ver reproducidas mis propias palabras, escritas en varias ocasiones, por persona más autorizada! Compadezco á cuantos me han mordido. Pero oigan, que ahora viene lo mejor.

Diga cada cual las cosas por su nombre, y no calle ninguno lo que la razón ó el corazón le dicte.

¿Qué tal? ¿Puede elogiarse mi conducta en menos palabras? Porque en suma ¿qué he hecho yo sino decir lo que pensaba y sentía, que era lo mismo que todos sentían y pensaban, pero que no se atrevían á decirlo por temor á la pérdida de gracia ó favor con su jefe?

Donde no hay discusión continua, donde no hay debates apasionados y ardientes, todo languidece y acaba. Aun el empuje para la revolución se extingue y muere.

Esto, en otra forma, es lo que he repetido mil veces en los años últimos. Sin mí, sin mi campaña emprendida sin ambigüedades, ni pueriles discreteos, ni femeniles respetos hubieran transcurrido meses enteros sin que nadie se hubiese percatado de que existía el partido republicano. ¡Y se quejaban algunos! ¡y me censuraban otros! ¡Inocentes! Ya se les caerá la venda de los ojos como se le ha caído al señor Pí, que no se limita á predicar, sino que comienza á dar ejemplo.

En el mismo artículo á que pertenecen los párrafos copiados al principio de éste, declara con noble franqueza, que apenas si abriga ya esperanza en que se realice el programa común, (es decir, el suyo que quería imponer á los demás partidos); dice que la Unión republicana no puede levantar los corazones ni enardecer los ánimos, (lo mismo que sostuve desde el día que se pactó); afirma que la propaganda es hoy anémica y monótona, y que esto es debido á la vaguedad que la Unión ha introducido en las

ideas, á la confusión que ha entrado en los partidos.

Y por si esto fuese poco, y por ver si dos cañonazos alcanzaban más que uno, repitió en el discurso pronunciado la noche del día 10 en el Centro federal, que la Unión republicana es poco menos que ilusoria; añadiendo:

«Entramos en la unión republicana, y no es nuestro ánimo romperla; pero ya que la unión es una mera yuxtaposición, y por ella misma se ha consignado que cada partido conservase íntegra su personalidad, íntegros sus particulares principios, é íntegro el derecho de propagarlos y difundirlos, á todos os exhorto y ruego que defendáis con la energía de otro tiempo nuestras doctrinas federales; y las esparzáis á los cuatro vientos. No debe conteneros el temor de molestar á los aliados; los aliados son los que han querido sostener esa división que nosotros queremos cortar con el común programa. Nada ya de vacilaciones; nada ya de dudas.»

Vale un tesoro ese párrafo, especialmente la frase no debe conteneros el temor de molestar á los aliados. ¡Abrazos y estocadas! ¡Saludos y tiros! ¡Píropos y apostrofes!

¡Hermosa mezcrolanza! ¡Dulce fraternidad! La unión sólo habrá servido para sacar unos cuantos diputados y concejales, y llevar á todos el convencimiento de que con las actuales organizaciones y con los jefes actuales, (¿quidado si he repetido esto!) ni iremos á ninguna parte, ni podemos ir.

Por esto, por esto precisamente, me oponía á la unión, tal cual fué pactada; por no demostrar á la faz del país que ni separados ni unidos realizaremos nada mientras no recobremos nuestra personalidad democrática, que hemos arrojado á los pies de tres hombres, muy sabios, muy buenos, muy justos, muy poderosos, muy principio y fin de todas las cosas, (no se quejarán, pues les atribuyo las mismas cualidades que los católicos á Dios) pero muy torpes, muy inhábiles, muy bien avenidos con sus respectivas jefaturas, y por lo tanto, completamente inservibles.

Y digo esto, sin femeniles respetos, ni pueriles discreteos, ni ambigüedades, para que vea el Sr. Pí cuán decidido estoy á seguir los consejos de su experiencia y su sabiduría, en todo lo que no se relacione con la política ni con la dirección de un partido; pues en esto, me ha parecido siempre y me parece una calamidad.

JOSÉ NAKENS.

## LA SEMANA

El entusiasmo no decae, el sentimiento patriótico es mayor cada día, pero también la ansiedad con que se espera un acto decisivo que ponga coto á la audacia de los riffeños.

Las noticias diarias de las bajas sufridas por nuestras tropas en el aprovisionamiento

de los fuertes ó en la construcción de obras de defensa, no por pequeñas dejan de ser muy dolorosas y contribuyen á sostener la fiebre de impaciencia que hoy padece el país entero.

Para calmarla no bastan los hechos aislados de que los periódicos dan cuenta, y en los que una vez más se acredita el valor de nuestros soldados; pero sí para reavivar la confianza en el triunfo el día en que nuestras tropas avancen sobre los riffeños.

En frente de las trincheras moras, nuestros soldados muestran la misma serenidad en el peligro, la misma resistencia para la fatiga, que en todas las campañas mostraron siempre; y tanto ó más que el país que los mira, desean que llegue pronto la hora de mostrar también que no han perdido su irresistible empuje.

El horrendo y cobarde crimen cometido en el teatro del Liceo de Barcelona, matando á veintitantos espectadores é hiriendo gravemente á muchos más, ha causado profunda sensación en Europa, y se piensa en adoptar medidas enérgicas contra los anarquistas.

Por muy severas y terribles que sean, no llegarán nunca esas medidas á imponer el castigo que merecen los asesinos de oficio que se afilian al anarquismo para cubrir sus crímenes con la bandera de la emancipación social.

No se trata ya aquí de aspiraciones á un ideal más ó menos lejano, de reformas sociales, de horrores llevados á cabo en la exaltación de la lucha; se trata de bandidos que asesinan á sangre fría, de cobardes que no afrontan la muerte que dan á seres indefensos; y para ellos no debe haber compasión.

Hay que tratarlos como nos tratan. Es ya cuestión de defensa, no de otra cosa; y si al individuo le es permitida la defensa, ¿no ha de serle permitida á la colectividad?

Aplaudiremos, pues, todas las medidas que se tomen contra los asesinos que se cobijan bajo la bandera del anarquismo.

No saquemos la cuestión de su terreno, *Movimiento Católico*. Si á última hora ha resultado que algunos curas (aunque hubiesen sido todos) han ofrecido un día de sueldo para ayudar á los gastos de la guerra, esto no desvirtúa nada lo que dije en el número anterior, esto es, que las calamidades de la patria se traducen para ellos en beneficios.

¿Que dan una peseta, dos, tres, ó veinte cada uno, según su clase y su categoría, de lo que cobran del Presupuesto? De agradecer es, aun cuando tiene más importancia eso mismo, hecho por las otras clases del Estado que no tienen bautizos, casamientos, entie-



ros, misas y otras funciones que cobrar.

Pero como á raíz de dar ese día de sueldo celebran funciones religiosas que cobran y muy bien, ya para que Dios conceda la victoria á nuestros soldados, ya por el alma de los muertos, siempre resultará que dan uno y cobran ciento, al revés de lo que dicen que hace San Bruno.

Y cuidado, que en esto del patriotismo, y más tratándose de moros, creo á los curas tan dispuestos á sacrificar sus vidas como el primero; de lo que no los creo capaces es de renunciar por ese patriotismo á los derechos que les corresponden según los aranceles de su profesión, que es lo que verdaderamente sería digno de encomio y alabanza, alabanza y encomio que desde luego les anticipo si lo hacen.

Así, *Morimiento*, déjate de la palabrería insustancial que empleas, y aconseja á tus defendidos que no exploten en estos instantes los sentimientos religiosos del país, y menos los de los padres, esposas, hijos y parientes de los que mueren por la patria; no está mal que pidan por los vivos y recen por los muertos, pero *gratis*, lo que se dice *gratis*.

Así cumplirán como españoles, como patriotas, como sacerdotes, y así harán méritos para alcanzar la salvación eterna que á todos les deseo. Amén.

A los que esparcen noticias falsas de la guerra, bien sea por pesimismo, bien por pasión política, bien por preparar jugadas de Bolsa, que á tanto llega la infamia de algunos en estos tiempos, debería tratárseles como á los miserables que venden armas y municiones á los moros.

Todos especulan con el sagrado nombre de la patria, con la sangre de sus hijos, con las lágrimas de sus madres; todos merecen castigo ejemplar y duro.

## BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

Hay que rendirse á la evidencia: los jefes hacen del partido republicano lo que quieren.

A juzgar por lo que el pueblo decía en Madrid y por las noticias que de varias partes nos llegaban, creíamos que después de los desengaños anteriores, de lo infecundo de la labor en Cortes y municipios, de haberse retirado sin fruto la minoría del Congreso, de la agitación estéril del verano último, de la promesa del Sr. Zorrilla de regresar á España si no se hacía la revolución para Octubre; de los ataques constantes del Sr. Pi á la unión, de los porrazos del Sr. Salmerón al programa común, después de esto y de la farsa revolucionaria de los últimos meses, creíamos que sólo acudirían á votar los jefes y su estado mayor.

Pero ¡ay! nos hemos equivocado; los interesados en ir á farolear ó á chanchullear en los municipios se agitan de tal modo, que los borregos republicanos acuden de nuevo á las elecciones, si no con la fe de otras veces, con la humildad y la mansedumbre que ya pensábamos que se le habían acabado, por el mucho derroche que han hecho de ellas.

Salmerón triunfa en toda la línea, y lleva poco á poco al partido revolucionario por el camino que Castelar llevó al posibilista. Los federales que reniegan de él, y los progresistas que lo excomulgaron porque pretendía quitarles el sentido exclusivamente revolucionario, sufren sumisos su influencia y van donde los quiere llevar.

No hay ya convicciones, caracteres, energías, ni casi principios políticos; y esto, doloroso es confesarlo, ofrece escasa garantía para mañana á la nación que pretendemos salvar.

¡Qué despertar más triste para los que se han pasado el verano último acariciando el fusil, porque se les había dicho que iban á utilizarlo, el presentarse ahora con la papeleta electoral á la puerta de un colegio, conducidos por los que no hubieran ni parecido por donde ellos estaban si el jaleo llega á armarse!

Pero no es este momento á propósito para hacer reflexiones, sino para tomar la papeleta que los jefes nos ordenen, é ir á depositarla en la urna el domingo. Y hasta otra.

Eso sí, nos queda el derecho de reunirnos después con los amigos, hablar contra los jefes, y decir que esta es la última vez que votamos; que es precisamente lo que viene ocurriendo de algunos años acá.

¡Pobre partido, y en qué manos está, y cuán poco se preocupa por salir de ellas!

## CAPELLANES CASTRENSES

### I

¡Pobrecillos! Verdad es que en tiempo de paz tienen una vida normal, tranquila y apetecible: cobrar la nómina puntualmente, explicar el catecismo á los soldados, absolverlos de sus pecadillos ó pecadazos por Cuaresma, jugar alguna que otra partidita con los oficiales del regimiento y ganarles en buena lid la paga si se puede. ¡Vida tranquila, vida envidiable!...

Mas ¡ay! estalla la guerra, y el capellán castrense se acuerda de que antes que cura nació español, y que si mucho le obliga la disciplina eclesiástica, á mucho le obliga también la bandera del batallón á la cual ha jurado fidelidad.

Llega el momento supremo de marchar contra el enemigo. Firme, sereno, con la tranquilidad de quien va á cumplir un deber sagrado, recibe la orden de marcha, se dirige á su domicilio, se viste el marcial equipo y se pone la cartera de campaña que, amén de los sagrados oleos, las estopas y el *lignum crucis*, contiene un par de barajas para entretener los ocios entre tiroteo y tiroteo.

### II

Suena la hora de partir y sube con serenidad al estribo del vagón donde le esperan la oficialidad y el médico del batallón. Todos bromean y hay que bromear con todos.

Se llega al punto de embarque. El pueblo aplaude con entusiasmo al ejército expedicionario, los aplausos atruenan el espacio, llueven las flores como las gotas de agua en un chubasco, y hasta la mujer de un librepensador, poseída de santo patriotismo, se abalanza al padre capellán y le abraza diciendo:

—Señor cura: En la tercera del batallón va un hijo mío; cuide usted de él, que Dios se lo pagará.

Poco después sinnúmero de embarcaciones menores obstruyen materialmente el puerto, después suena el pito del vapor, éste zarpa, y después... después se pierde de vista, dejando anchurosa estela como un lazo que une á los que se van y á los que se quedan. A los que van á defender el honor de la Patria y á los que esperan impacientes noticias de los que se marchan.

### III

Se ha empeñado el combate. El capellán revista su cartera y ve que en ella todo está ordenado. Nada falta; allí están los vasos sagrados conteniendo el bálsamo bendito con que ha de ungir la frente de los agonizantes, allí las estopas con que ha de limpiarlos después de las oleaciones; allí están hasta las consabidas barajas, especie de suplemento al ritual del sacerdote en campaña.

Y que D... N... está curtido en muchas, lo prueba la impasibilidad con que mira el formidable ataque del enemigo, la serenidad con que oye silbar las balas de la fusilería y el estampido del cañón que llevan la muerte y el estrago á todas partes. Parece que aspira el olor de la pólvora como el más delicado perfume, que sus oídos están sordos para no oír el estrépito de la lucha.

Se merman las filas; los soldados caen exánimes, los unos sin apenas poder pronunciar más que un débil ¡ay, madre mía! y heridos los otros amasando el polvo con su sangre generosa.

Llególe al capellán la ocasión de prestar sus servicios. Abre la cartera nuevamente, pero en aquel instante, con su vista de águila adquirida á fuerza de práctica en los campos de batalla, ve que las guerrillas diezmadas por el plomo enemigo vacilan un momento...

Entonces se olvida de que es sacerdote; y se acuerda de que es soldado, y soldado español, y avanza temerariamente, y cogiendo un fusil de las aún calientes manos de un cadáver, se bate en primera fila como un héroe, reanimando el abatido espíritu de sus compañeros de armas.

Por fin el enemigo cede, y se dispersa en vergonzosa retirada. Entonces, al oír los clamores de los heridos, se acuerda el padre capellán de su ministerio, y disponiéndose á auxiliarlos, exclama:

—¡Cómo nos arrebató y ciega esta torpe naturaleza humana!... Llevado por el patriotismo, me he olvidado de mis deberes sacerdotales; pero antes que las unciones del obispo recibí la sangre española en el seno de mi madre, ¡y lo primero es siempre lo primero!

## CONFLICTOS

Aun no ha hecho muchos meses, é inspirándonos en principios de estricta justicia, decíamos en *La Voz del Pueblo*, de Mérida:

«Cuanto más se estudian nuestras empresas ferroviarias, más salta el rubor al rostro y la indignación al alma.

No parece sino que no nos resta instinto de conservación, cuando á ciencia y paciencia toleramos la serie infinita de abusos.

«¿Podría esperarse otra cosa de una agrupación de extranjeros que viene á explotarnos, gozar de buenos sueldos, y retirarse á sus cuarteles de invierno, transcurridos algunos años? ¿Qué cabe esperar de quienes, en su inmensa mayoría, sin conocimientos técnicos y ostentando el pomposo título de ingenieros, desconocen, desde los rudimentos de nuestro idioma hasta nuestra geografía física y comercial? ¿Y en estas manos entregamos nuestras existencias, nuestras riquezas, el fruto de nuestros trabajos?

Táchase de aventureros á muchos de los que ocupan altos puestos en empresas ferroviarias, salidos Dios sabe de dónde y venidos á sacar la tripa de mal año á nuestro pueblo, y aun cuando esto no sea cierto, el hecho es que muchos, sin rudimentos siquiera de aquello á que se les destinara, adquieren instrucción entre los nuestros y gozan de sueldos crecidísimos, y viven gozando de toda suerte de favoritismos.

Nuestros compatriotas, tras veinte años de improbo trabajo y honradez intachable, alcanzan un sueldo exiguo y miserable, teniendo un pie en el presidio y el otro en la deshonra.

«Y si antes se inutilizan ó se hacen inservibles para la fatiga? Se les echa, y que se mueran de hambre ó se revuelquen entre andrajos; que tales gentes, ese es el pago que dan á quienes se desviven en servirlos y enriquecerlos.

Y en lo que á la industria y al comercio afecta, los abusos cotidianos son innumerables.

Preisaría, ya que nuestros gobernantes nada hacen, que á la manera de las ligas de contribuyentes, se establecieran ligas de comerciantes é industriales, para reclamar indemnizaciones por daños y perjuicios de las empresas de ferrocarriles, protestar enérgicamente de los abusos que cometieran, y pedir la reforma de la actual y deficiente ley de policía en cuanto á la expedición, transporte, recepción y entrega de mercancías se refiere.

Y ya que estas empresas viven cometiendo dos series de hechos censurables; de una parte los que afectan á su organización, explotando al débil para proteger al fuerte; y de otra los que se desprenden de sus relaciones con las distintas esferas de la actividad social, al menos en estos últimos que se combatan con energía hasta hacerlos desaparecer.





LA PRIMERA NOVELA (por J. Raffel)  
Ayuntamiento de Madrid







Triste es ver postergado el mérito á la ineptitud, pero aún más triste es ser juguete omnímodo del poder de estas empresas.»

Hoy que el malestar cunde; que estos señores feudales ven con ojos recelosos á sus siervos echarse en brazos de la asociación; que los miran organizarse como quien se apresta al combate; que el horizonte anuncia días de tempestad, hoy es el instante preciso de desmascarar á los unos y poner de relieve las horribles torturaciones, las fatigas sin cuento de los otros y alentarles en la lucha.

Lo propio en el servicio de tracción que en vía y obras, igual en el sanitario que en el de movimiento, trazaremos el cuadro repleto de sombras y ahito de lágrimas, que todos nos ofrecen.

Desde el factor telegrafista amarrado al manipulador durante treinta horas, hasta el burócrata que vive en muelle holganza; desde el fogonero y maquinista que, hecho un esclavo de su locomotora y desafiando cien muertes al día, arrastra una existencia trabajosa, hasta los próceres que en las convulsiones de espantosa borrachera se tieuden en los rails y detienen un tren en marcha; desde el infeliz obrero que recompone la línea y es víctima de todas las explotaciones, hasta quien tolera que las vías se utilicen inservibles dando margen á catástrofes, todos, todos desfilarán ante nosotros escuchando nuestros aplausos ó nuestros anatemas.

Las raíces de esas horribles hecatombes que se llaman Alcudia ó Quintanilleja, viven honradas y hay que sacarlas á luz.

Hay que combatir en pro del desvalido.

Y no se diga que quiénes invirtieron sus riquezas en dotarnos de vías férreas, son acreedores á todos los respetos y á todas las consideraciones. Esto, á más de absurdo, es irracional. Si ellos invirtieron sus riquezas en dotarnos de vías férreas, fué por la cuenta que les traía, y la experiencia ha venido á comprobarlo. ¿Puede esto autorizarles á disponer á su antojo y de manera arbitraria, de los primeros puestos, colocando en ellos extranjeros? ¿Nuestros compatriotas no son lo bastante honrados é inteligentes? ¿Qué aspiraciones pueden tener, quiénes tras una vida de constantes servicios, se ven postergados y postpuestos al primer advenedizo de allende el Pirineo, sin otros méritos que el ser francés?

Hora es ya de que estos malhadados gobiernos de la restauración se interesen en tan vitales cuestiones. Si para ello fuera preciso dejar de ser consejero de tales Compañías, abandónese este puesto en buen hora, y de esta manera podrán atacarse en sus raíces tanto y tanto vicio como corroe la deficiente organización de estas empresas.

Urge el remedio.

Combatiremos sin tregua hasta hacer oír nuestra voz, inspirada en las eternas ideas de justicia.

ENRIQUE A. ROGER.

### ¡SOLO!

¡Vágame Dios, qué fatigas pasa un capellán sin ama cuando por forzosa ausencia va de viaje la muchacha! Apenas dice su misa, tiene que volver á casa donde quinientos quehaceres interesantes le aguardan. Cocinar, encender lumbre, barrer y limpiar la estancia, darle escarola al canario que alegre canta en la jaula, callar al nene que llora porque el infeliz no mama, darle un estacazo al perro porque impertinente ladra, evitar que á la despensa dé algún asalto la gata, ver si se sale el botijo, si está rota la tinaja, si el grillo quiere lechuga y si el reloj se adelanta;

revolver la carbonera, dar plumazos en la sala, ver si hay chinches en la alcoba, sacudir las hopalandas... ¡Y aun hay periódicos malos como El Motin, verbi gratia, que se extrañan de que un cura esté impaciente sin ama!

### IDA Y VUELTA

¡Viva Santiago, viva Galicia y viva Santa Marta de Ortigueira!

Así, entre mal disimulados traspiés, va gritando por los Jardinillos abajo Colás ó Culasón, como le llaman por su extraordinaria estatura sus compañeros de la fuente de Pontejos.

Allá va á la virgen del Puerto con la satisfacción dibujada en el semblante, con el sombrero ancho de los días que repican gordo, la camisa limpia y aquella chaqueta con remontas de terciopelo negro sobre fondo blanco, y aquel pantalón en que el sastre honorario de la fuente trazó tantos primores de figuras y arabescos de paño.

Va al baile, va á oír la gaita de su país que tantos recuerdos evoca en su imaginación, que también bajo una albardilla de aguador hay un corazón humano, también bajo aquella frente obtusa hay el sentimiento de la patria lejana, el recuerdo de los seres queridos y ausentes, de los sitios en que pasó su infancia, del techo que le cobijó durante ella, del rumor de las carballedas de su pueblo que no se parece á ningún otro, del sonido de las campanas de su parroquia que él no confunde con ningún otro sonido.

Todo esto él no sabrá expresarlo, pero sabe sentirlo; no sabrá manifestarlo con los labios, pero lo lleva en el fondo de su corazón.

Por eso las tardes de los domingos son para él un descanso del cuerpo y una expansión del alma, un paréntesis de su vida fatigosa, un breve período en que la bestia de carga se convierte en hombre que piensa y siente.

En semejantes días madruga más que de ordinario para cumplir cuanto antes con su parroquia, sube y baja con inusitada rapidez las escaleras haciendo crujir los peldaños bajo su enorme planta y su blindado zapato va y viene á la fuente con una actividad increíble en él, y cuando ha vaciado la última cuba, exhala un ¡ah! de satisfacción que quiere decir: ¡Ya estoy libre por hoy!

Después se entrega en manos de un barbero al aire libre que en colaboración con Febo y en el salón cuyo techo es la bóveda celeste, en diez minutos deja su rostro como la palma de la mano.

Y después, á ponerse el traje de gala, á bailar con sus paisanas, á charlar y beber con sus contraraneos, á comentar las cartas y noticias que reciben de allá, á cambiar impresiones, á comunicarse mutuamente sus proyectos para el porvenir y á evocar recuerdos del pasado.

En aquella especie de colonia de emigrados, Colás se transfigura, se metamorfosea. Parece otro: rudo por naturaleza, es elocuente; zafio y descorréis, es galante con las damas de fogón y escoba; avaricioso y tacaño, se hace derrochador, y si se ocurre gasta una peseta en obsequiar á cualquier paisano. Y ríe y grita y canta, y se olvida por completo de sus penas y trabajos.

Mas ¡ay! que toda felicidad es breve. Empieza á declinar la tarde, y el sol va poco á poco ocultándose tras de la Casa de Campo, hasta que desaparece, y al crepúsculo siguen las sombras de la noche.

Entonces Colás sube triste y perezosamente la senda de los Jardinillos, volviendo á cada momento la vista hacia el camino de su tierra, y cuando llega al cerro de las Vistillas se sienta en el pico con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, mirando hacia la estación del Norte cuyas luces se destacan de la masa negra que forman los árboles del campo del Moro, hasta que el tron de las ocho, el tren gallego, como él le llama, arranca tras estrepitoso silbido, y á la luz de la luna se le ve confusamente desaparecer por el puente de los franceses.

Con él se van las ilusiones de Colás, que mohino y cabizbajo se dirige á la zahurda en que habita, dispuesto á reanudar al día siguiente sus ordinarias ocupaciones, á cargar con la cuba, á andar á puñetazos con sus colegas por un tráeme acá ese caño, á sufrir las pedradas y los azotes de los chicos, á comer las sobras de las cocinas, hasta ahorrar el puñado de duros que le permitan volver á la tierra de las tibias nieblas, de los melancólicos crepúsculos, de las verdes praderas y de las arboledas frondosas.

JOAQUÍN G. LOSADA.

### PETICION JUSTA

Con eso de los moros me o'vido de los padres, de quienes no me ocupo cuatro semanas hace: Pero un amigo mío musulín, que vive en Tánger, me manda esta misiva que traduzco del árabe: «Salud, amigo caro salud, y Alá te guarde:» (Eso de caro alude á una factura infame que le debo hace tiempo y no pienso pagarle.) A'á sea contigo: El te proteja y guarde, te conserve la vida y tus años dilate. He sabido que en esa varios varones graves y honrados moralistas se han propuesto asociarse, adoptando por lema el nombre altisonante de *Padres de familia*. Quiero ser de esos tales. ¿Que qué méritos tengo para honor semejante? Mis catorce mujeres pudieran contestarte: ó mis cuarenta crías que el Gran Alá los guarde: Cuarenta nada menor, incluyendo dos pares que dos de mis sirvientas me dieron ayer tarde. ¿Podré yo estar al lado de esas paternidades? ¡Soy más padre yo solo que todos esos padres!

### DESAHOGOS NEOS

Un periódico carlista de Valencia ha abierto un concurso á fin de que los católicos indiquen los medios más eficaces que se les ocurran para acabar con la blasfemia.

Entresacamos algunos de los que han propuesto varios amados en Cristo.

El cura de Ador indica este procedimiento facilísimo, práctico y que está chorreando mansedumbre, amor al prójimo, y sobre todo cultura:

«Barrer á los blasfemos. Antes de emplear este procedimiento adoctrinarlos. ¿Que no se convencer? Pues á escobazos se les salpica la frente de estiércol. ¿Se revuelven? Pues se les marca el rostro con un hierro candente, trazando esta frase: ¡POR BLASFEMO!—Francisco de P. Claur, cura de Ador (Valencia).»

¿Qué tal el padre de almas? Pues no le va en zaga otro reverendo de Valencia, que propone lisa y llanamente esto:

«Católicos: ¡A votar!... para que tengamos autoridades que corrijan la blasfemia. Entre tanto, haced correr aquella máxima de un santo Padre: «La mano que da un bofetón al blasfemo, se santifica.» De lo cual se infiere que, en este caso, podemos tomar la justicia por nuestra mano.—Diego Barber, phro. de Valencia.»

Claro; y si los curas discurre así, ¿qué han de hacer los seglares de su cuerda? Si aquéllos optan por la escoba y el bofetón, algunos de éstos están por el garrote como medio correctivo.

Así, clarito, lo dice un ciudadano de Benisa:

«Perseguir á los blasfemos á garrotazo limpio.—Jose Rives, labrador, de Benisa (Alicante).»

Otro opina que á los blasfemos se les obligue á meterse á cartujos para que cierren el pico, y si no quieren, que se les corte la lengua; y ¿querrán ustedes creerlos? Hasta un católico profesor de primera y segunda enseñanza suelta los siguientes razonamientos:

«Tomar la justicia por nuestras manos; esto es: poner un bozal á la boca de los blasfemos; y crear en todos los pueblos asociaciones como la de los Padres de familia que persigan sin descanso á los hijos adeptos de Satanás.—Alberto J. Thous, Profesor del Colegio de 1.ª y 2.ª enseñanza de Pedreguer (Alicante).»

¡Valiente maestro y valientes discípulos los que salgan de sus aulas! Se parecerán á otro estudiante neo también, que toma parte en el concurso, y dice en verso por aproximación:

«¿No se procura evitar el pecado de blasfemia? Pues lo puede castigar Dios con alguna epidemia.

Juan García Mollá, estudiante, de Valencia.»



Tiene razón el estudiante ese; que venga Dios y nos mande una epidemia, á ver si se lleva á los blasfemos y á los neos que tan gravemente le ofenden.

Sucia y repugnante es la blasfemia, pero ¡mire usted que los exabruptos de esos...!

### CARTA SACRISTANESCA

María del alma,  
María del cuerpo,  
cara Mariquilla  
de todos mis huesos.  
Sabes que te estimo,  
sabes que te quiero,  
sabes... ¡Si estás harta  
de puro saberlo!  
Lo que no me gusta,  
y te lo confieso,  
es que andes charlando  
con don Inocencio,  
ese cura cojo  
que tiene un divieso  
en salva la parte,  
que parece un huevo;  
ni que le hagas guiños  
al párroco nuevo,  
ni al señor teniente,  
ni al sepulturero.  
Porque si en renuncio,  
María, te pesco,  
te tiro á la cara  
un libro de rezo.

### DISPAROS

A uno de los primeros accionistas del Banco de España, dicen que se le ha ocurrido la idea de un donativo para los gastos de guerra, y que, según sus cálculos, dada la fortuna de los capitalistas que él conoce, el donativo podría ser de ciento cincuenta millones de pesetas. Es de esperar que los capitalistas aprovecharán tan buena ocasión para lucir su patriotismo.

Pues á ello, voto á tall  
y sin tardanza, no sea  
que él se quede con su idea  
y ellos con su capital.

Dice un periódico neo que varias señoritas de Vigo se dedican estos días á la confección de escarpularios destinados á las fuerzas del regimiento de Marina que guarnece la plaza.

Como esas señoritas es natural que no entiendan gran cosa en lo concerniente á las prendas interiores del traje masculino, me permito advertirles que en el tiempo que estamos, los calzoncillos y las camisetitas de lana son de gran utilidad para la tropa.

En Orihuela le han pegado una tremenda paliza á un individuo que se permitió en público salir á la defensa de los riff-ños, censurando el cañoneo del Venadito.

¡Si no se puede tener buen corazón! ¿Qué cosa más natural que interesarse por esos infelices que abren en canal como á un cerdo, ó mutilan horriblemente los cadáveres de los soldados españoles?

Hablando de la reserva que se guardó respecto á la publicación del decreto suspendiendo las garantías constitucionales en Barcelona, dice un periódico, que hay otras reservas más raras, de las que sólo se quejan los bolistas que no están en el secreto.

Por lo visto, hay quien, negociando con las noticias que interesan á la patria, prueban que es materialmente cierto, el proverbio árabe, de que el silencio es oro.

En un mismo día en Málaga  
se han escapado dos chicas;  
con un casado la una.  
¿Será padre de familia?

Dice el órgano de D. Carlos, que si éste estuviese en el trono, diría á Inglaterra que le enviase sus notas al cuartel real de Tánger.

Si estuviese en el trono (que no estará) no diría á Inglaterra que le mandase sus notas á su cuartel real de Tánger; se quedó hartito en su llamado cuartel real de Estella de recibir las de los ingleses.

En uno de los frontones de esta corte hubo días pasados un escándalo mayúsculo en que salieron á relucir navaja y revolvers.

Es lo corriente en las timbas, aun cuando sean públicas y toleradas por las autoridades.

Parece que Sagasta ha dado ya un paseo sin mulletas por su casa.

Mas se duda que en política  
pueda ya hacer otro tanto;  
dar un paso sin mulletas;  
sin Moret y sin Gamazo.

### MANOJO DE FLORES MISTICAS

Una pregunta inocente de nuestro colega *El Pueblo*, de Cádiz.

«Las hermanas de la caridad de nuestro hospicio provincial ¿pasan hambre y necesidades como los asilados?»

Sí, señor: las pasarán indudablemente, porque siendo ellas las servidoras y los asilados los legítimos dueños del establecimiento, no había ó no debía ser mejor la suerte de las sirvientes que la de los amos.

Lo que ocurre es que ellas rezan mucho y Dios se lo recompensa conservándolas gordas y lustrosas. En cambio á los asilados, como rezan menos, á la fuerza, y de mala gana, Dios los castiga teniéndolos flacos, macilentos, y como el espíritu de la golosina.

De la oración y no de las chuletas depende la buena conservación del individuo: esto es incuestionable.

Un cura de Otatilan  
(Méjico), *pater* barbián  
y de origen español,  
envió á tomar el sol  
allá con el padre Adán,  
á un devoto feligrés  
que fué á verle á su retiro  
para asuntos de interés,  
y á quien, soltándole un tiro,  
despachó en un dos por tres.  
Parodio al poeta y digo:  
«¡Cura español; aunque abrigo  
busques en remotas playas,  
á donde quiera que vayas  
va el escándalo contigo!

En Villanueva de Castellón hay una cofradía de San Luis con su correspondiente depositario para guardar los fondos; pero el cura, desconfiando injustamente del depositario, se ha hecho llevar los fondos á su casa.

¡Desconfiar de todo un congregante de San Luis! Pase que *El Motin* se escame de todos los devotos en cuestiones de dinero, pero, que lo haga un cura, ya es el colmo.

¡Si conocerá el paño el amigo!

Dicen de Jerusa'én,  
que en la gruta de Be'én  
hubo un idem espantoso,  
porque un ruso á un religioso  
cortó el pescuezo á cercén.

Riñó el fraile franciscano  
con un genízaro ruso  
y éste cortó por lo sano  
y metiendo al sable mano  
á eterna dieta lo puso.

Abstinentes eremitas,  
¡ojo con los moscovitas!  
que tienen muy mal geniazó  
y esas gargantas benditas  
pueden segar de un sablazo.

Para franco, un misionero Paul que actúa en Montejó de la Sierra.

«La iglesia es como un teatro, dijo, donde no cuesta nada la entrada y á donde todos debéis venir.»

A pesar de eso, no asiste bastante público. ¿Qué tal será esa compañía paulesca, cuando ni de balde quieren asistir á sus espectáculos?

¡Como está el arte místico teatral! ¡Perdido completamente!, dirá é.

Todos los párrocos de Jérez, excepto el cura propio de San Miguel, que está excomulgado por el arzobispo de Sevilla, han dirigido á éste un mensaje, protestando de la rebeldía de aquel colega suyo, y ofreciéndose incondicionalmente al mitrado.

Adulación se llama esa figura,  
y es un vicio común á todos los curas.  
Es costumbre antiquísima en el clero  
cuando ve á un compañero desgraciado,  
murmurar por lo bajo del prelado  
y en público ofender al compañero.

Las monjas de Huelva han celebrado un solemne triduo para pedir á Dios que conceda á los soldados españoles un completo triunfo contra los marroquíes.

Bien por el patriotismo de las sotes; pero deben continuar enviándose refuerzos á Melilla.

Por si acaso Dios no se ha enterado de las súplicas de las buenas madres, y permite que sigan diezmando á nuestros soldados, por no desmentir lo de

que Dios protege á los malos  
cuando son más que los buenos.

Un padre Paul trepó al púlpito de Montejó de la Sierra, y dijo estas elocuentes palabras:

«No os fiéis de los que gastan levita y bigote retorcido (textual), porque son unos herejes y están condenados.»

La alusión iba dirigida al médico, al farmacéutico, al capataz de minas y al secretario del ayuntamiento, que usan la mencionada prenda y se retuercen los pelos que tier en sobre el labio superior.

Herejía peliaguda  
y feroz, no cabe duda;  
pero ¿quién diabla diría  
que ese ilustre sacerdote  
conociere la herejía  
por la punta del bigote?

Un cura de Játiva ha descubierto el sistema de limpiezas más económico que puede imaginarse. Se sube al púlpito los domingos, y dice a las beatas:

«Hermanas: A las que vengáis á la limpieza del templo, Dios os lo tendrá en cuenta y os lo premiará en la otra vida.»

Y acuden armadas de escobas, y en un santi amén dejan aquello más limpio que una patena.

Y así se ahorra el barbián  
pagar personal y escobas.  
Mientras haya beatas bobas,  
se excusa de sacristán.

### BIBLIOGRAFÍA

*Adiós á la patria.* Hemos recibido un poema titulado así del distinguido vate venezolano P. Carlos L. Marín. Rivalizan en él la elevación de pensamientos, la pureza de dicción y lo armonioso de la rima. No parece estar destinado á la venta. Agradecemos el envío.

*La Masonería y El P. Grote.*—Refutación de un discurso pronunciado en el Tandil por este padre redentorista, por Francisco Sautamarina.

Opúsculo en que se rebaten los muchos errores que propala dicho fraileuco por la provincia de Tucumán, República Argentina.

Los pedidos al periódico *La Luz* de Tucumán.

*El Castillo de Yuros.* Poema por Carlos Ciaño. Habana. Imprenta *La Moderna*.

El Sr. Ciaño demuestra ser un poeta de altos vuelos, de mucha fantasía y gran corrección.

Lástima que el asunto del poema sea algo lánguido y recuerde algo otro poema muy conocido. Precio cincuenta centavos.

*Las Obligaciones de Osuna.*—Historia de un Negocio. Es un estudio en que la Comisión gestora de los Obligacionistas de Osuna da cuenta de sus trabajos y demuestra las causas de que se disiparan los cuantiosos bienes de la casa de Osuna y con ellos el patrimonio de un millar de familias de modesta fortuna en su mayoría.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		PROVINCIAS	
	Pesetas.		Pesetas.
Mes.....	1	Mes.....	1
Trimestre.....	2 50	Tres meses.....	2 50
Semestre.....	5	Semestre.....	5
Año.....	10	Año.....	10
		Extranjero y Ultramar.....	3 pesos

### CORRESPONSALES

25 números de *El Motin*, 2,50 pesetas.

NUMERO DE «EL MOTIN» 15 CENTIMOS

Administración, Puencarral, 119. primer.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al administrador del periódico.

### CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín Puerta del Sol, 6.

En la Habana, Galería literaria, calle del Obispo, 48.

Número atrasado, 25 céntimos.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.